

Alba GONZÁLEZ JÁCOME, *Cultura y agricultura: Transformaciones en el agro mexicano*. Universidad Iberoamericana A.C., México, 2003, 361p.

Este libro comparte en el siglo XXI el respeto académico que Hernández X. y Ángel Palerm mostraron en la segunda mitad del siglo pasado, hacia la cultura y tecnologías tradicionales. En su época y en contra de la sabiduría del momento que promovía los conocimientos y tecnologías de la revolución verde, ambos investigadores propusieron a la agricultura tradicional como una alternativa viable que deberíamos conocer. Treinta años después del fracaso de la revolución verde, Alba González Jácome, quien nos invita a seguir estudiando las tecnologías tradicionales, encuentra entre las causas de su supervivencia elementos que pueden contribuir a mejorar la búsqueda actual de tecnologías sustentables.

*Cultura y agricultura*, nos describe una tecnología agrícola con procedimientos radicalmente distintos a los que promueve la tecnología occidental preferida por nuestra sociedad académica y nuestro gobierno por lo que su aplicación produce diferentes paisajes. Por ejemplo, las yerbas que los ingenieros eliminan de los canales de riego, contribuyen al funcionamiento de los sistemas hidráulicos tradicionales. El lodo y las plantas ayudan a los campesinos tradicionales mientras que los modernos las quitan y ponen cemento a sus bordos. La agricultura tradicional en Tlaxcala, nos dice Alba, forma un mosaico de árboles, camellones, huertos, campos en diferentes momentos de uso, bosques, vegetación secundaria, terrazas y canales que forman un sistema que integra la actividad humana a la naturaleza. Los valles y montañas de Tlaxcala son espacios culturales donde lo promovido por el ser humano es ayudado, a la vez que ayuda a la biodiversidad local, además de contribuir a la persistencia del sistema.

La armonía que existe entre el ambiente y las tecnologías intensivas tradicionales en el territorio que alguna vez fue Mesoamérica ha sido descrita por todos aquellos autores que se han preocupado por el tema. Para Alba, esta armonía es el resultado de siglos de adaptación social y cultural al ambiente. Me gustaría, sin embargo, llegar en este punto más allá que la autora y sugerir que la agricultura tradicional no preserva un ambiente natural al que respeta y se ha adaptado, sino que ha generado los ambientes actuales que no pueden ser concebidos sin la actividad agrícola del hombre americano.

Las opiniones de Alba sobre el significado adaptativo de los sistemas agrícolas tradicionales y su impacto ambiental no sólo son el resultado de un estudio erudito de un campo de conocimiento dinámico, sino de la incorpora-

ción de sus propias observaciones en Tlaxcala al *corpus* teórico de la antropología ecológica. Como Robert McNetting en los Alpes, Alba en Tlaxcala nos hace un recuento histórico de la agricultura intensiva del pequeño campesino. El agricultor que ha sido la base material de todas las civilizaciones pre-industriales y que Marx alguna vez equiparara con el saco de patatas jalado por las fuerzas dinámicas de la historia.

La historia de los agricultores de Santa Isabel Xiloxotla y San Francisco Tepeyanco se desarrolla a la sombra de la Malinche y tiene sus principios muchos años antes de la conquista. Estas dos comunidades Tlaxcaltecas, cuya rivalidad se pierde en los albores de la historia, han estado en manos de familias campesinas que aplican técnicas intensivas de manejo desde antes de la llegada de los españoles.

Los campesinos de ambos pueblos se definen a través de su cultura agrícola. Localizadas ambas comunidades en una zona de ecotono, su cultura, organización comunal, organización familiar, matrimonios y patrones de herencia responden a las necesidades de la agricultura familiar intensiva. Su agricultura, desde tiempos precolombinos ha combinado la producción de subsistencia con la producción para el intercambio. La primera los ha alimentado desde entonces y la segunda ha servido para establecer relaciones con el mundo exterior. Esta agricultura de excedente ha servido para pagar tributo, ganar y perder dinero en el mercado.

Los camellones, terrazas y huertos que han sido creados a la sombra de la Malinche por los campesinos de Tlaxcala, les han dado sustento, les han permitido sobrevivir conquistas, independencias y revoluciones, pero tienen un costo. Exigen de una mano de obra que además de pesada no puede ser realizada por cualquiera. Los conocimientos que les permiten mantener productivos sus camellones no se adquieren en una universidad o escuela. Son el resultado de la experiencia acumulada desde la infancia en las tareas, a menudo agobiantes, de los campos productivos familiares. Esta mano de obra tan necesaria es la fortaleza principal del sistema, y al mismo tiempo, probó en el siglo XX ser su talón de Aquiles.

Como bien lo indica la autora, los campesinos no son homogéneos y aún las experiencias de estos campesinos de dos comunidades vecinas varían gracias a los recovecos de la historia y su relación con el mundo exterior. Ambas comunidades muestran similitudes como campesinos y productores. Sin embargo, como comunidades siempre han rivalizado y los campesinos de San Francisco Tepeyanco han llevado, generalmente, la mejor parte.

Mientras que la historia precolombina y colonial de Santa Isabel Xiloxoxtla apenas puede ser esbozada por la autora, la de San Francisco Tepeyanco se baña de gloria y detalles. Desde que Francisco Tecpanécatl, señor de Tepeyanco y de Ocotelulco, acompañó triunfante a Hernán Cortés en su Conquista de Cholula y el valle de México, Tepeyanco se ha llevado la tajada grande de lo que el mundo le puede ofrecer a campesinos productivos. Durante la Colonia, Tepeyanco recibió a los franciscanos y a su Iglesia, mientras que Xiloxoxtla se tuvo que conformar con tierras para sus santos patronos. El comercio de los productos locales desde la Colonia perteneció a los campesinos-comerciantes de Tepeyanco y durante el siglo XIX éstos ocuparon los mejores puestos y manejaron el comercio de la hacienda Flores de Santa Ana. Después de la Revolución, las mejores tierras de la hacienda fueron compradas al señor “Gleason” por los campesinos de Tepeyanco en detrimento de los campesinos de Xiloxoxtla y a pesar de sus gestiones ante el gobierno.

En los sesenta la Alianza para el Progreso ofreció oportunidades desconocidas a los héroes de nuestra historia. El programa Braceros brindó a los campesinos adinerados de Xiloxoxtla y Tepeyanco la oportunidad de acumular suficiente capital para incrementar su riego y transformar la agricultura en una empresa comercial. El ingenio de los campesinos y la flexibilidad de los huertos y otros sistemas intensivos les permitieron sustituir cultivos y favorecer aquellos que podían ser vendidos a buen precio en el mercado.

Al mismo tiempo, la industria se desarrolló en el área elevando el precio de la mano de obra y ofreciendo a los que no tenían dinero la oportunidad de emplearse fuera de la comunidad. Desafortunadamente, el elevado costo de la mano de obra no permitió a los campesinos más pobres contratar la que necesitaban para mantener sus parcelas intensivas. Las diferencias entre ricos y pobres en ambas comunidades se volvieron cada vez más amplias. La falta de mano de obra obligó a los campesinos pobres de ambas comunidades a abandonar sus sistemas intensivos y sustituir su tecnología tradicional por tecnologías importadas que acaban con la diversidad de los cultivos, empobrecían la tierra y las cosechas, pero requerían de menos mano de obra. Estos sistemas, cada vez más pobres, complementan los salarios miserables de los campesinos que se contratan en las fábricas de su comunidad y de las ciudades vecinas.

Las técnicas intensivas de cultivo, sin embargo, enriquecieron a aquellos de ambas comunidades que pudieron capitalizarse. En la actualidad, sin embargo, sólo los campesinos ricos de Xiloxoxtla continúan practicando la agricultura intensiva tradicional, mientras que los campesinos tradicionales

más exitosos de Tepeyanco, así como los campesinos más pobres de ambas comunidades, terminaron abandonando la agricultura tradicional. En la segunda mitad del siglo XX, como de costumbre, los campesinos de San Francisco Tepeyanco les “madrugaron” a los de Santa Isabel Xiloxotla. Los campesinos y comerciantes de Tepeyanco lograron que la carretera que en la actualidad comunica al DF con los mercados nacionales e internacionales pasara por su comunidad y dejara atrás a sus competidores de Xiloxotla. Esta carretera, ofreció más adelante a los campesinos de Tepeyanco oportunidades que les condujeron a cambiar su modo de vida y a diferenciarse, por primera vez, de sus antiguos competidores de Xiloxotla.

La carretera y el espíritu emprendedor de los descendientes de estos indígenas conquistadores de Tepeyanco les permitió controlar la producción y distribución de sus productos en el mercado. Los camiones llevaban el producto de las granjas intensivas de Tlaxcala a los mercados de la capital y eventualmente los marchantes de Tepeyanco se adueñaron de la Central de Abastos. Los campesinos comerciantes de Tepeyanco no sólo controlaron el destino de su producto sino el de productores en otras partes de la República Mexicana. Los hijos de estos campesinos fueron a la universidad y obtuvieron profesiones que mejoraron su negocio o los separaron de la comunidad. Las nuevas generaciones se convirtieron en comerciantes y profesionistas. Ellos transformaron los huertos productivos que enriquecieron a sus padres en jardines recreativos dignos de una clase intelectual que ya no transforma estiércol, bagazo y otra energía biológica en agricultura sustentable.

He aquí la tragedia que nos presenta la autora. Después de miles de años de depender de una agricultura sustentable que ha moldeado el paisaje de Tlaxcala, tanto los campesinos que sufrieron con la globalización, como los que se enriquecieron con ella lo abandonaron. Los que no tuvieron éxito sustituyeron la agricultura sustentable por una que suplementa los bajos ingresos que reciben como asalariados, a costa de su ambiente. Aquellos que ganaron gracias a los sistemas sustentables, los han abandonado por un estilo de vida no sustentable, pero eso sí, mucho más cómodo y prestigioso.

*Francisco D. Gurri García*